

## ***EN LOS OSCUROS LUGARES DEL SABER, DE PETER KINGSLEY***

Trad. Carmen Francí, Atalanta, Gerona, 2017.

### **Reseña de Fernando Mora Zahonero**

---

Son ya cinco las ediciones efectuadas por la editorial Atalanta del libro titulado *En los oscuros lugares del saber*, la última en el año 2017. Su autor, el inglés Peter Kingsley, es un auténtico filósofo en la anti-gua acepción del término, es decir, un «amante de la sabiduría». Aunque ha desempeñado su labor docente en diferentes universidades, su trabajo trasciende el marco estrictamente académico y ha llegado a un amplio número de lectores, dedicando muchos años a indagar en los orígenes de la cultura occidental, más allá de los tópicos manidos que acostumbran a verterse al respecto. Uno de los puntos más importantes de su exposición es que las raíces de nuestra cultura también se remontan a Oriente.

No fueron pocos los grandes filósofos helenos, desde Pitágoras a Plotino, que encaminaron sus pasos en dirección al sol naciente para aprovechar los conocimientos de las grandes tradiciones sapienciales del planeta, un tema ante el que los especialistas académicos suelen mostrar un rechazo visceral, ya que arroja una sombra de duda sobre el supuesto desarrollo autónomo de la filosofía griega. La postura oficial a este respecto es que dicha filosofía es un fenómeno estrictamente heleno, comprensible tan sólo desde la perspectiva de la Grecia clásica. Los antiguos relatos que describen de qué modo los primeros filósofos viajaron a lugares remotos en busca de conocimientos y sabiduría son rechazados como ilusiones románticas o como la fantasía de autores que vivieron mucho tiempo después de los personajes sobre los que escribieron. Pero el ameno, a la par que fundamentado libro de Peter Kingsley sostiene, precisamente, la tesis contraria.

Y para probar sus afirmaciones el autor se centra en el caso paradigmático del gran filósofo Parménides, quien nació en la localidad de Elea-Vilia, en el sur de Italia, hace 2.500 años y pasa por ser el «padre» del racionalismo, la lógica y la ontología occidental. Aunque son personajes tan prestigiosos como Platón y Aristóteles los que le adjudicaron tan decisivo papel, este libro pone de relieve que Parménides es, en realidad, el transmisor de un saber que procede de más allá de la mente racional y un iniciado que extrae su filosofía a partir de estados físico-mentales de quietud y silencio profundos.

Peter Kingsley ejerce una labor de auténtico detective histórico y analiza las antiguas tradiciones eleáticas, abriéndonos las puertas a un mundo lleno de misterios. Tanto el culto a Apolo, dios vinculado entre otras cosas a la curación y la purificación externa e interna, como la figura del *iatromante*, es decir, del sanador que recurría a técnicas contemplativas, la interpretación de los sueños y la inmersión, como acabamos de apuntar, en la completa inmovilidad durante largos periodos, adquieren especial relevancia en este contexto. El autor basa buena parte de su tesis en las evidencias proporcionadas por diferentes hallazgos arqueológicos efectuados por Pellegrino Claudio Siesteri y relacionados con la figura de Parménides y con el dios Apolo.

.....

Pero, si bien Parménides fue un iniciado en los misterios de Apolo y un adepto en el dominio de algunos estados especiales de conciencia, no podemos pasar por alto que aquellos antiguos iniciados no eran sólo místicos, ni meros contemplativos, como tampoco eran exclusivamente filósofos, sino que también eran químicos, físicos, astrónomos, biólogos, lógicos, etcétera; en definitiva, individuos que vivían en una época en la que el saber se enfocaba como un asunto integral y no compartimentado en parcelas estancas.

Llama la atención el título que encabeza uno de los capítulos, que es «Morir antes de morir», porque ese era precisamente el consejo dado, en el seno del islam, por el profeta Muḥammad a sus seguidores, siendo el requisito para convertirse, en palabras de Kingsley, en verdaderos hombres y mujeres. Pero este tipo de muerte no se refiere, por supuesto, a la muerte física real, sino a un proceso de muerte aparente o de trascendencia del ego, es decir, un estado especial de conciencia, comparable al *fanā'* (aniquilación) del sufismo o el *samādhi* (énstasis) del hinduismo, en el que el sujeto accede a una condición peculiar de conciencia que le lleva más allá de sus limitaciones espacio-temporales. Para acceder a dicho estado, los iniciados de la antigua Grecia permanecían durante varios días en el fondo de una caverna en completa inmovilidad, sin hacer nada, ayunando y sumiéndose en un estado crepuscular que no pertenece al sueño ni a la vigilia y en el que afrontaban diferentes experiencias y visiones. Es lo que se conoce también como «incubación». La sabiduría se oculta en la muerte; y la ignorancia, en la vida. «Hay que ser consciente del mundo de los muertos», escribe Kingsley, para acceder plenamente a los grandes misterios de la realidad.

Además de ser el dios de la sanación, Apolo es el dios de las cavernas y los lugares oscuros, la divinidad de los oráculos, cuyo contenido solía ser bastante ambiguo y susceptible de múltiples interpretaciones. Al contrario que la posesión dionisiaca, el éxtasis apolíneo presentaba unas características inconfundibles, ya que no era desenfrenado, sino que se desarrollaba en completa quietud y silencio y tenía un carácter completamente privado y personal. Y, a propósito de los estados de conciencia especial, señala Kingsley que existe «una continuidad de tradiciones que se extiende desde los límites de Grecia y cruza Asia hasta el Himalaya y el Tíbet, el Nepal y la India». Las fronteras entre Oriente y Occidente son más artificiales de lo que nos enseñan los libros de geografía e historia. No estará de más recordar a este respecto los retiros de oscuridad llevados a cabo en el contexto del budismo tibetano (aunque también tienen lugar en otros ámbitos espirituales como el taoísmo y la tradición chamánica americana), en los que los participantes permanecen periodos continuos que van desde una semana hasta varios años en completa oscuridad, practicando diferentes visualizaciones y técnicas meditativas.

Por otro lado, Parménides ha pasado a la historia de la cultura occidental por ser el autor de un conciso y enigmático poema didáctico, titulado *Sobre la naturaleza* y escrito en hexámetros, aunque tan sólo nos han llegado de él fragmentos citados en las obras de diversos autores posteriores. A nadie que lea dicho poema se le escapará que este viaje al fondo de la naturaleza del ser comienza de un modo sumamente peculiar, que poco tiene que ver con el supuesto racionalismo que se le ha atribuido durante más de veinticinco siglos.



No deja de ser paradójico que el mensaje fundamental de nuestra ontología asuma la forma de un poema, y más teniendo en cuenta que Platón excluyó a los poetas de su república ideal y que Aristóteles afirmó que el lenguaje en el que están expresadas los postulados filosóficos debe ser claro y rotundo, con las menos ambigüedades posibles. Pero, como ya hemos sugerido, el poema de Parménides no es sino la descripción de un viaje al inframundo, a los dominios de la muerte, de un viaje efectuado en un estado peculiar de conciencia posibilitado por la técnica de la incubación.

De ese modo, guiado por las hijas del sol (Kingsley precisa que todos los personajes que aparecen en el texto son de género femenino), el viajero se entrevista con la diosa transmisora de la enseñanza que, como decimos, sienta las bases de la ontología occidental –más en concreto, del principio de no-contradicción, el cual declara que el ser es y que el no-ser no es– y explicita la naturaleza del ser señalando que este es único, eterno, no engendrado, imperecedero, continuo, indivisible, inmutable e ilimitado.

Por último –como subraya Kingsley en el colofón de su estudio– «la historia está lejos de haber concluido, y este libro que acaba de terminar, lector, tan sólo es el principio», unas palabras muy adecuadas, pues uno se queda con ganas de más, no porque su contenido sea insuficiente, sino porque este es el principio de una investigación acerca de los fundamentos de la cultura occidental y de nosotros mismos, es decir, de todo aquello que puede hacernos personalmente más sabios. Respecto a lo primero, la abundante bibliografía que hay al final del libro será, sin duda, un excelente punto de partida; en cuanto a lo segundo, sólo el anhelo de una mayor plenitud y conocimiento puede servir de estímulo para proseguir este viaje de descubrimiento de la auténtica naturaleza de las cosas y de uno mismo.

En definitiva, un libro altamente recomendable, con un estilo claro y fácil de leer, que no defraudará al lector.